

# Alexis de Tocqueville: opinión pública y declinación del discurso revolucionario

Ezequiel B. Sirlin

*Universidad de Buenos Aires, Argentina*

---

Cuando examinaba las causas más inmediatas de la Revolución francesa, Tocqueville (1805-1859) atribuía a los intelectuales un papel decisivo. En esta opinión coincidía con casi todos los pensadores de las generaciones anteriores que habían deplorado la Revolución o parte de ella. Conservadores como Edmund Burke, reaccionarios como Joseph De Maistre y liberales como Madame De Staël ya habían señalado a los hombres de letras como los primeros culpables. En coincidencia con esta atribución, en *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856)<sup>1</sup>, Tocqueville afirmó que “la total educación política del pueblo” por parte de los escritores había sido la causa principal del modo violento en que la democracia había llegado a Francia<sup>2</sup>. Que la sociedad francesa los había potestado para cubrir el vacío dejado por la nobleza, y que desde tan alta posición, los intelectuales derramaron sus palabras y sus formas de pensar hacia un pueblo muy absorbente. Podrían establecerse múltiples diferencias entre el énfasis condenatorio de Burke y el empeño de Tocqueville por explicar el poder de los intelectuales desde una sociología más compleja. No obstante, existe una concepción más básica que comparten los dos autores: el movimiento de las ideas había sido el principal elemento productor de la Revolución. Más allá de los factores sociopolíticos y socioeconómicos, que con mucha originalidad, Tocqueville sumó a las causas de la Revolución francesa (centralización administrati-

---

1. Alexis de Tocqueville, *L' Ancien Régime et la Révolution*, en *Oeuvres Complètes, II, 1*, Gallimard, París, 1952. Versión castellana utilizada para las citas y confrontada con el original: *El Antiguo Régimen y la Revolución, 1*, Alianza, Madrid, 1982 (en adelante *Antiguo Régimen* o ARR, seguido de parte, capítulo y página). Esta edición incluye “El estado social y político de Francia antes y después de 1789”. Alexis de Tocqueville, “Fragments et notes inédites sur la Révolution”, en *Oeuvres Complètes, II*, Gallimard, París, 1953. Versión castellana: *El Antiguo Régimen y la Revolución, 2*, fragmentos y notas inéditas sobre la Revolución, Alianza, Madrid, 1982. Véase principalmente el libro tercero.

2. ARR, I, C, 1, pág. 161.

va, disfuncionamiento de la nobleza durante el Antiguo Régimen, etc.), también temía y denostaba las ideas abstractas de los intelectuales, porque era un aristócrata cuya familia las había padecido, pero ante todo, porque las consideraba muy poderosas.

Pero, ya no como historiador sino como analista del porvenir, perspectiva a la que se consagra en el segundo volumen de la *Democracia en América* (1840)<sup>3</sup>, Tocqueville consideró que, si bien la amenaza planteada por las ideas continuaría acechando a Francia, con el mismo avance de la democracia las revoluciones intelectuales y políticas serían cada vez menos probables<sup>4</sup>. Especulando sobre las tendencias culturales que había observado en Estados Unidos, vaticinó que en las sociedades venideras el discurso revolucionario habría de perder su capacidad de adquirir predicamento. Tocqueville vislumbró el surgimiento de un nuevo tipo de opinión pública cuyos resultados estabilizadores valoró y temió al mismo tiempo.

El objetivo de este trabajo consiste en reconstruir una visión que aparece fragmentada en su obra: cómo los mecanismos de opinión en las sociedades democráticas debilitarían la propagación de las doctrinas revolucionarias. Entre sus diversas anticipaciones, Tocqueville señaló que la multiplicación de voces habría de devaluar el peso de cada una, moderando por el mismo efecto de la profusión la capacidad transformadora de las opiniones radicales. Tal vez por tratarse de una profecía esbozada en forma dispersa y subsidiaria de otros temas, los estudiosos han descuidado el anuncio de Tocqueville sobre la declinación del intelectual productor de grandes cambios. Llegaría el fin de todo discurso revolucionario capaz de sobresalir en las futuras sociedades democráticas. La multiplicación de publicaciones y de agentes culturales en pie de igualdad provocaría tal desdibujamiento de la autoridad intelectual que incluso los avances culturales serían difíciles de observar. Las especulaciones de Tocqueville sobre la opinión pública y el movimiento cultural en las democracias venideras conllevan un sentido aún no atendido convenientemente por la crítica<sup>5</sup>: la premonición

---

3. Alexis de Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique I* (1835), *De la Démocratie en Amérique II* (1840), en *Tocqueville. Oeuvres II*, Gallimard, París, 1992. Edition publiée sous la direction d'André Jardin. Introduction par Jean-Claude Lamberti. Notices, notes et variantes par Jean-Claude Lamberti et James T. Schleifer. Versión castellana: *La Democracia en América*, 2 T., Alianza, Madrid, 1980 (en adelante *Democracia* o DA, seguido de número de volumen, parte, capítulo y página).

4. Tocqueville sistematiza este pronóstico en el capítulo XXI de la tercera parte, de la segunda *Democracia*, pp. 213-224. Al respecto, consúltese Seymour Drescher, "Why Great Revolutions Will Become Rare: Tocqueville's Most Neglected Prognosis", *Journal of Modern History* 64, Septiembre 1992, n° 3, pp. 430-454.

de un “polifonismo”<sup>6</sup>. El fenómeno de la multiplicación disolvería las figuras intelectuales, neutralizando el poder rector que el discurso revolucionario había ejercido en sociedades aristocráticas como la francesa.

### El efecto paradójico de la libertad de prensa

En un capítulo de la primera *Democracia en América* (1835) dedicado al examen de la libertad de prensa en Estados Unidos, Tocqueville advertía que la multiplicación de los periódicos provocaba un efecto paradójico, del cual las clases gobernantes francesas debían valerse para salvaguardar el orden público. Lejos de los mecanismos de censura que imperaban en Francia, la libertad de publicaciones propiciaba un gran aumento de los medios periódicos. Y, a medida que el poder de la prensa se fragmentaba, disminuía la posibilidad de que un conjunto de órganos publicitarios ejerciera una dirección centralizada de la opinión pública con fines opositores. Esta amenaza para los gobiernos, tan frecuente en Francia debido a la concentración de la prensa, se diluía en Estados Unidos de un modo que para Tocqueville era demasiado notorio para no ser implementado:

“Los americanos más ilustrados atribuyen el escaso poder de la prensa a esta gran diseminación de fuerzas; es un axioma de la ciencia política en Estados Unidos la creencia de que el único

---

5. Los especialistas en Tocqueville no se han dedicado a recomponer sistemáticamente la visión del autor sobre la opinión pública moderna aunque no ignoraron en general el problema. Entre los trabajos exegéticos que aluden fragmentariamente al tema, destacamos el de Jean-Claude Lamberti, *Tocqueville et les deux Démocraties*, PUF, París, 1983, y el de James Schleifer, *Cómo nació «La Democracia en América» de Tocqueville*, FCE, México, 1984 [North Carolina Press, 1980]. Por su parte, en tanto estudiosos de la opinión pública, Jürgen Habermas y Elisabeth Noelle-Neumann han examinado el pensamiento de Tocqueville al respecto. En cada caso, han señalado distintos elementos que hacen a su visión original; no obstante, el acercamiento de estos autores a Tocqueville es circunstancial y ceñido a destacar aspectos muy específicos de sus propias conceptualizaciones referidas a la opinión pública. Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, G. Gili, México, 1986 [Neuwied, 1962], pp. 161-171. Elisabeth Noelle-Neumann, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1995 [Chicago, 1984], cap. 8: “La opinión pública como tiranía: Alexis de Tocqueville”, pp. 121-130.

6. Me permito utilizar el término “polifonismo” o “polifonía”, con independencia del significado específico que le confirió Mijaíl Bajtín, para designar el fenómeno de la multiplicación de voces y publicaciones que Tocqueville advierte en la sociedad democrática. No entenderemos “polifonía” a la manera de Bajtín como convivencia de distintos sentidos dentro de un mismo texto, sino como convivencia de distintos agentes discursivos en el seno de una sociedad.

medio de neutralizar los efectos de los periódicos es multiplicar su número. Parece mentira que una verdad tan evidente no se haya divulgado aún entre nosotros. Que quienes pretenden hacer revoluciones con la ayuda de la prensa traten de no dar a ésta más que pocos y poderosos órganos, es cosa que comprendo sin esfuerzo; pero que los partidarios oficiales del orden establecido crean atenuar la acción de la prensa concentrándola, sí me parece inconcebible.” (DA, I, B, 3, pág. 189)

Este señalamiento de Tocqueville que, de acuerdo a sus propias notas de viaje, le habría sido transmitido en palabras parecidas por el jurista y legislador norteamericano John Canfield Spencer<sup>7</sup>, nos lleva a dos consideraciones. Muy brevemente, en primer lugar, debemos resaltar la preponderancia que, en éste y otros pasajes, adquieren los argumentos “tácticos” frente a los “principistas”. En segundo término, nos extenderemos –en el siguiente apartado– sobre la presencia de un prejuicio muy creativo en la imaginación sociológica que visualiza estos fenómenos.

Yendo entonces al primer punto, destaquemos que en este caso Tocqueville promueve la libertad de prensa más por los beneficios que aporta al poder central que a los individuos. Si extendemos su razonamiento podemos advertir una tensión entre la procuración del orden y la defensa de las libertades individuales. Al priorizar la necesidad del orden utiliza argumentos que no se corresponden con los principios liberales que en otros momentos declara. La neutralización de las publicaciones opositoras, en tanto conduce al debilitamiento de la prensa, implica aquí un descuido del “tribunal de la opinión” que contrarresta el avasallamiento de las personas por el Estado. Frente a la defensa liberal-principista que había promovido Benjamin Constant (la publicidad es “un recurso del oprimido contra el opresor”)<sup>8</sup>, Tocqueville admite que su posición proviene de un cálculo más complejo:

7. Alexis de Tocqueville, “Voyages” y “Écrits politiques et académiques”, en *Tocqueville. Oeuvres I*. Gallimard, París, 1991, pp. 40-45. Otros diagnósticos sobre el mismo tipo de resultados estabilizadores y consensuales que experimenta la opinión pública norteamericana le fueron comentados a Tocqueville, según su propio testimonio, por Jared Sparks (1789-1866), J. Quincy (1772-1864) y el doctor Stewart (1797-1876). Al respecto véase de la misma obra, pp. 64-65, 65-66 y 95 respectivamente. A su vez, la conveniencia de la extrema división y confluencia de “intereses y sectas” en la sociedad es defendida por Madison en los números X y LI de *El Federalista*; texto que Tocqueville conocería a su regreso a Francia.

8. Benjamin Constant, “Sur la censure des journaux” (discurso parlamentario, 7 de julio de 1821), en *Benjamin Constant. Oeuvres*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París, 1979, pág. 1297. Véase también en *Benjamin Constant. Oeuvres (op. cit.): De la liberté des brochures, des*

“Confieso que yo no siento por la libertad de prensa ese amor rotundo e instantáneo que se le concede a las cosas soberanamente buenas por naturaleza. La amo por los males que impide mucho más que por los bienes que aporta.” (DA, I, B, 3, pág. 185)

La visión táctica que asoma en ésta y otras formas axiomáticas puede ser vista como precursora del giro estratégico que las clases gobernantes implementarán a partir de la segunda mitad del siglo XIX<sup>9</sup>. Tocqueville se destaca entre quienes, a la luz de las revoluciones en Francia, comprendieron la necesidad de adaptar los mecanismos institucionales destinados a propiciar el orden. La corriente de reflexión iniciada por Constant y seguida por el grupo de los doctrinarios, alcanza con él una visión más acabada. Los problemas que en una primera instancia la democracia ocasiona al orden social, encontrarían un principio de solución con el mismo avance de la democracia. A partir del ejemplo norteamericano, Tocqueville avizoró los mecanismos estabilizadores que el sistema democrático desplegaría una vez superada su etapa transicional. Su prescripción de la libertad de prensa y de asociación estaba fundada en esta anticipación.

### El “descubrimiento” de la polifonía

Siguiendo el segundo enfoque propuesto puede advertirse, en el retrato tocquevilliano del mundo cultural democrático, la existencia de un prejuicio primario que selecciona y transmite escenas de la esfera espiritual norteamericana. Esta intuición creativa también proyecta las tendencias observadas hacia el futuro. Hay en Tocqueville, aristócrata normando y analista del nuevo mundo, una obsesión por el número y por la acción devaluadora que la masividad de los agentes provoca en todas las esferas como consecuencia de la democratización. Dos serían las tendencias intervinientes en el mundo cultural democrático. La primera se refiere a la dispersión de los agentes culturales. Aquí nos interesa el fenómeno de la multiplicación de los discursos y publicaciones. La segunda remite a la pérdida de calidad que la masividad provocaría en todos los ámbitos.

Las siguientes referencias textuales ponen de manifiesto una imagen muy recurrente mediante la que se sugiere una progresiva diseminación de los agen-

---

*pamphlets et des journaux considérée sous le rapport de l'intérêt du gouvernement* (1814), pág. 1221, pág. 1228, pp. 1229-1233, pp. 1239-1240. “Sur la censure des journaux”, pp. 1296-1297 y pp. 1336-1337.

9. Véase Eric Hobsbawm, *La era del capitalismo*, Labor/Punto Omega, Barcelona, 1977, cap. 6: y *La era del Imperio (1875-1914)*, Labor, Barcelona, 1990, cap. 4.

tes que, separadamente y en múltiples direcciones, impulsan el movimiento cultural con escasa conciencia y control de la orientación promovida. En tales paisajes impresionistas puede apreciarse cómo el uso de metáforas y metonimias facilitan la transmisión de ciertas objetivaciones de conceptos abstractos. Figuras que, no obstante, poseen un escaso aval empírico y surgen más bien de una intuición sociológica dependiente de los prejuicios antiplebeyos de Tocqueville<sup>10</sup>.

“Los Estados Unidos no tienen capital: tanto el saber como el poder se encuentran diseminados por todas las partes de esta vasta comarca; las flechas de la inteligencia humana, en lugar de partir de un centro común, se cruzan en todos los sentidos; los americanos no han fijado en ningún sitio la dirección general del pensamiento...” (DA, I, B, 3, pág. 189)

“[*En la sociedad igualitaria*] A los hombres no les unen ya más que los intereses, no las ideas; diríase que las opiniones humanas no son sino una especie de polvo inmaterial que se agita por todas partes sin poder concentrarse ni fijarse.” (DA, II, A, 1, pág. 13)

“[*En la democracia*] Las clases están mezcladas y confundidas; los conocimientos, lo mismo que el poder, se hallan divididos hasta el infinito, y si se me permite la expresión, diré que desparrramados por todas partes.” (DA, II, A, 13, pág. 54)

La imagen de la dispersión de los agentes complementa la obsesión por el número; las crecientes cantidades de artífices culturales que Tocqueville imagina ver lo conducen a evaluar una pérdida de las calidades que las formas de la cultura poseían en su contexto aristocrático.

Repasemos algunas de las consideraciones que conforman esta área tópica. En la sociedad democrática “el círculo de lectores se extiende sin cesar” y por consiguiente se pierde el “espíritu” de lectura propio de la sociedad aristocrática. De igual modo, “el número de los que cultivan las ciencias, las letras y las artes se hace inmenso; en definitiva, las obras son innumerables pero imperfectas”<sup>11</sup>.

10. Acerca de la “imaginación sociológica” de Tocqueville véanse los trabajos de Robert Nisbet: *La formación del pensamiento sociológico*, 2T. Amorrortu, 1969 [Nueva York, 1966] y *La sociología como forma de arte*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979 [Oxford, 1976].

11. DA, II, A, 9, pág. 38.

En el teatro, la afición literaria más propia de los hombres democráticos, el aumento de los artífices es especialmente considerable y por lo tanto el efecto general de la democratización se observa como en ningún otro ámbito. Con la democracia se asiste a una disolución del canon de reglas estéticas que en los tiempos aristocráticos se conservaban en su pureza. Al aumentar el número de actores, espectadores y espectáculos, y habiendo tantos jueces “que emiten sus fallos por separado”, se hacen “inciertas las reglas y los convencionalismos” ya que en su lugar predomina “el capricho de cada autor y de cada público”<sup>12</sup>.

De igual modo, el lenguaje sufre transformaciones que involucran a una multiplicidad de agentes. Tocqueville sostiene que en la sociedad aristocrática la evolución del idioma dependía de artistas sobresalientes como Milton, quien “por sí solo, introdujo en la lengua inglesa más de seiscientas palabras”. Contrariamente, en la sociedad democrática, la alteración de la lengua estaría sujeta a un proceso social que, al derivar de la interacción de tantos agentes de cambio, no haría más que generar distorsiones. Como es “la mayoría la que dicta la ley en materia de lenguaje”, la proliferación de nuevos términos culmina en una pérdida del sentido unívoco que las palabras poseían en el seno de la sociedad aristocrática.

Volviendo a la principal consecuencia de la multiplicación de los discursos y publicaciones, citamos:

“Apenas se pone el pie en el suelo americano se encuentra uno en medio de una especie de tumulto; un confuso clamor se alza por todas partes; mil voces llegan simultáneamente al oído...”

(DA, I, B, 6, pág. 245)

“En Estados Unidos, cuando se entra a una tienda de un librero y se observan los libros americanos que hay en sus estantes, el número de las obras parece muy grande, y el de los autores conocidos, por el contrario, muy pequeño.” (DA, II, A, 13, pág. 51)

A medida que avanzamos en el significado suspendido que intentamos reunir, surgen algunos referentes sobre los que pesan funciones metonímicas: la “librería” como sinécdoque, remite entonces a la esfera comunicacional democrática que el autor objetiva.

---

12. DA, II, A, 19, pág. 73.

## La declinación del discurso revolucionario

Inmerso en un medio intelectual proclive, ya desde la Restauración, a ver en la literatura y su función política la principal causa de la Revolución, Tocqueville imaginó una sociedad en donde la relación entre programas intelectuales y grandes acontecimientos sería poco probable. Los pensadores sobresalientes como Lutero o Rousseau (a quien en el *Antiguo Régimen* Tocqueville llamó “el único preceptor de la Revolución en sus años jóvenes”) no prosperarían en el nuevo contexto<sup>13</sup>. Libros transformadores como el *Contrato Social* perderían su carácter destacado frente a la proliferación de obras menores como los panfletos americanos que “circulan con increíble rapidez y no tienen más que una efímera vida de veinticuatro horas”<sup>14</sup>.

En Tocqueville, el liderazgo de los hombres de letras durante la Revolución sólo había sido posible en una sociedad transicional; en ella perduraban, aunque disfuncionados, lazos sociales de tipo aristocrático. El carácter destacado de los escritores implicaba un mecanismo de autoridad acumulada en individuos que sobresalían del resto. Pero, de nuevo, el futuro sería diferente. Paralelamente a los procesos de igualación de las fortunas y de las inteligencias, con la dispersión del saber y la transferencia de la autoridad intelectual a la mayoría, la influencia de los visionarios sobre los hombres comunes se desdibujaría paulatinamente.

“Me parece difícil que en el seno de una sociedad democrática un hombre pueda concebir un sistema entero de ideas extrañas a las de sus contemporáneos; y si tal innovador se presentase, creo que al principio le sería difícil hacerse escuchar y más aún hacerse seguir. [...] A medida que los hombres se nivelan, el principio de la igualdad de las inteligencias condiciona poco a poco en sus opiniones y se hace difícil, para un visionario cualquiera, conquistar y ejercer un gran poderío sobre el ánimo de un pueblo. En tales sociedades, las revoluciones intelectuales súbitas son entonces raras, ya que si echamos una mirada a la historia del mundo, veremos que lo que ha producido las grandes y rápidas mutaciones de las opiniones humanas, es mucho menos la fuerza de un razonamiento que la autoridad de un hombre.”

(DA, II, C, 21, pág. 220)

13. ARR, II, A, 5, pág. 55.

14. DA, II, A, 13, pág. 51.

La relación que Tocqueville establece entre la dirigencia revolucionaria y los lazos de obediencia en la sociedad aristocrática, se repite en otras oportunidades. En la primera *Democracia* había afirmado: “casi todos los movimientos democráticos que han agitado al mundo han sido dirigidos por nobles”<sup>15</sup>. En la segunda *Democracia*, la referencia a Lutero constituye el ejemplo concreto de una figura tutelar del movimiento revolucionario basada en el poder aristocrático; en un siglo igualitario carente del apoyo de los poderosos príncipes alemanes, Lutero no habría podido conmover a Europa<sup>16</sup>. La declinación del discurso revolucionario es en Tocqueville un fenómeno ligado a la ruptura del lazo aristocrático que sobreviene con la “igualdad de condiciones” y el avance del individualismo. Así como en Estados Unidos los funcionarios se confunden en la multitud debido a lo común de su apariencia, y los escritores pierden relieve en la interacción “democrática” con el público, los profetas de la revolución habrán de diluirse<sup>17</sup>. Con la igualación multifacética que imagina Tocqueville, no sólo los aristócratas verían declinar sus funciones. El mismo destino aguardaba a todo particular a cargo de tareas homologadas, por el autor, a las “funciones aristocráticas”. Personajes emblemáticos disímiles como Lutero, Milton o un agitador de asamblea ateniense, serían víctimas del mismo destino. En la democracia, todo tipo de plan concertado bajo una sola dirección sería de difícil realización; de la misma manera en que la autoridad de un hombre no concertaría planes revolucionarios, la política exterior no podría ser manejada con la planificación de que era capaz la dirección aristocrática.

### Los excesos del orden y el estancamiento de la cultura

Junto a las causas aludidas –multiplicación y devaluación de los agentes culturales, moderación y uniformidad espiritual a partir del dominio intelectual de la mayoría– existen otros factores que apuntarían a la agonía del discurso revolucionario. Entre ellos, Tocqueville destaca el temperamento conservador de las clases medias cada vez más numerosas. La “igualdad de condiciones” favorecería la proliferación de los pequeños propietarios, excesivamente celosos de sus bienes. Tocqueville los imagina apegados al bienestar, absorbidos por sus empresas domésticas e indiferentes a las propuestas arriesgadas de los agitadores. El fin de las revoluciones dependía, entonces, de una serie de tendencias

---

15. DA, I, B, 8, pág. 265.

16. DA, II, C, 21, pág. 221.

17. DA, I, B, 5, pág. 207.

sociales y culturales que, aun remediando males previos, podrían originar otros problemas; Tocqueville los pronostica sin fatalismo, pero su escritura es pesimista. Hacia el final de la segunda *Democracia*, la comparación entre la sociedad acechada por las revoluciones y la democrática por venir, se ha transformado en un dilema. Tocqueville no puede celebrar la estabilidad que vislumbra debido a otras consecuencias que también intuye. Como suele ocurrirle con diversas profecías, experimenta aquí dos sentimientos rivales: al tiempo que anuncia con agrado el fin de las conmociones, teme que la estabilidad genere un estancamiento. El movimiento de la cultura podría llegar a detenerse si las fuerzas moderadoras actuaran sin los contrapesos que había observado en Estados Unidos. De esta previsión nacen las imágenes inéditas de una estabilidad espiritual, de lento y disperso movimiento, al modo de los procesos que se desarrollan a la deriva sin la conciencia de sus agentes<sup>18</sup>.

Avancemos sobre los elementos que conforman esta visión del estancamiento cultural para luego estudiar su origen en Tocqueville. Ya hemos mencionado las causas de las que derivan. Así como la tiranía intelectual de la mayoría afectaría al racionamiento individual<sup>19</sup>, la búsqueda prioritaria del bienestar podría orientar el conocimiento científico hacia lo inmediatamente “práctico” contra lo “bello” y lo “elevado”<sup>20</sup>. La inclinación al conocimiento abstracto (que Tocqueville solía vincular al maximalismo político) ahora se reivindica como necesaria en materia científica y cultural. Es un elemento constitutivo del impulso revolucionario que ahora anticipadamente con sólo pensar en su extinción. La ausencia de pensamiento abstracto explica la quietud de la civilización china<sup>21</sup>. Con esta referencia de connotación eficaz, Tocqueville escenifica un hipotético destino de la cultura occidental. En China coinciden el bienestar, la ausencia de revoluciones y, más significativa aún, la quietud cultural que se produce por la desconexión entre los hombres y el pensamiento sistémico. Esta situación se acerca a la transmitida por las imágenes, ya aludidas, del movimiento cultural en la sociedad democrática.

Las descripciones de este reposo de la cultura alternan con las que remiten a un desarrollo no controlado por ninguna conciencia soberana. Sin la brújula de los grandes pensadores, la interacción infinitesimal de los agentes conduciría a un proceso indiscernible para los mismos actores:

---

18. DA, II, C, 21, pág. 222.

19. DA, II, A, 2, pág. 16.

20. DA, II, A, 10, pp. 42-43.

21. DA, II, A, 10, pp. 44-45.

“Diríase que la sociedad marcha por sí sola mediante el libre y espontáneo concurso de todos los hombres que la componen.”

(DA, II, A, 20, pág. 76)

“Cuando se pierde la huella de la acción de los individuos sobre las naciones, sucede con frecuencia que vemos agitarse el mundo pero sin descubrir su motor.” (DA, II, A, 20, pág. 78)

Identificamos un segundo grupo de imágenes que ilustran una agitación social, muy intensa en apariencia pero cuyo movimiento es breve y repetitivo:

El aspecto de la sociedad norteamericana parece agitado porque los hombres y las cosas cambian sin cesar, pero resulta monótono porque todos los cambios son iguales<sup>22</sup>.

La imposibilidad de los grandes cambios en materia de ideas colectivas no se debe a “que el espíritu humano permanezca ocioso, pues se agita incesantemente”<sup>23</sup>. En las sociedades democráticas las ideas sufrirán transformaciones pero éstas serán lentas y silenciosas. Su rumbo, nada fácil de determinar, será por lo tanto incierto: “es tan difícil que la opinión cambie como constatar que ha cambiado”<sup>24</sup>. A diferencia de las épocas revolucionarias en que las transformaciones parecían remitir a un programa, los cambios futuros habrían de producirse con “lentitud inconcebible gracias al continuo roce de las cosas y de los hombres”<sup>25</sup>. Tocqueville imagina el estado de deriva sin un terror comparable al que le causan las revoluciones, pero con una anticipada nostalgia, como manifiesta en una de las más sentidas expresiones de su pesimismo:

“Recorro con la mirada esa inmensa muchedumbre compuesta por seres iguales, en la que nada se eleva ni se rebaja. El espectáculo de semejante uniformidad universal hiela mi sangre y me entristece, y casi estoy por echar de menos a la sociedad desaparecida.”

(DA, II, D, 8, pág. 278)

Diversos parecen ser los motivos por los que, de pronto, Tocqueville añora un pasado que había criticado largamente. En primer lugar debemos tener en cuenta algunos gestos románticos de la generación posnapoleónica. Sensibilidad

22. DA, II, C, 17, pág. 193.

23. DA, II, C, 21, pág. 219.

24. DA, II, C, 21, pág. 222.

25. DA, II, C, 21, pág. 219.

nostálgica de la que da cuenta George Steiner al retomar el concepto del *ennui*<sup>26</sup>. Tocqueville se refiere a esta situación en el discurso a la Academia de abril de 1842: “La generación que ve terminar una gran revolución es siempre inquieta, descontenta y triste”<sup>27</sup>. Es llamativo el contraste entre la especulación serena y los párrafos “emotivos”. Pero todo concurre en la imaginación que da lugar a las principales interpretaciones y profecías hacia el final de la segunda *Democracia*. El dilema entre la barbarie revolucionaria y el tedio que traería la estabilidad queda planteado cuando el escritor anticipa el final de las “grandes y poderosas emociones públicas que turban a los pueblos, pero que los alimentan y los renuevan”<sup>28</sup>. Algo parecido a lo que Steiner llama “la nostalgia del desastre” forma parte de la crítica tocquevilliana al mundo prudente de las clases medias.

¿Cómo pensar éste y otros asomos de la sensibilidad romántica en Tocqueville? El aristócrata que finalmente extraña la Revolución: ¿es ganado por una idealización esteticista del pasado? Asumiendo hasta cierto punto tal actitud, anotaremos esa añoranza como un arma discursiva; ingenio en defensa del poder aristocrático frente al avance de las clases medias.

### El aristócrata y las clases medias; el otro frente de Tocqueville

Siguiendo a J.C. Lamberti, puede establecerse una relación entre los temores de la segunda *Democracia* (estancamiento de la cultura, anomia social, apatía política e individualismo) y la defensa de la aristocracia ante el avance de las clases medias. En el marco de la estabilidad política y de la prosperidad económica alcanzadas entre 1835 y 1847 por la Monarquía de Julio, el autor de la *Democracia* de 1840 construye su visión del estancamiento. Si bien, en lo explícito, Tocqueville proyecta el caso norteamericano en una sociedad abstracta que dice estar deduciendo, la Monarquía de Julio sería el referente no admitido a partir del cual introduce la noción de “apatía”, tan distante de la vitalidad social que había ponderado en Estados Unidos. Aunque en la segunda *Democracia* no deje pistas de ello, otros textos nos indican que para Tocqueville la indiferencia y el individualismo caracterizaban el clima político en Francia a fines

---

26. George Steiner, *En el castillo de Barba Azul, aproximación a un nuevo concepto de cultura*, Gedisa, Barcelona, 1992 [*In Bluebeard's Castle*, 1971], cap. 1; “El gran *ennui*”, pp. 17-43.

27. En *Tocqueville. Oeuvres I*, pág. 1201.

28. DA, II, C, 21, pág. 223.

de los años 30<sup>29</sup>. La correspondencia privada del escritor permite a Lamberti explicitar esta referencia tan solapada en los desarrollos conceptuales de la segunda *Democracia*. En las páginas íntimas Tocqueville arremete contra las clases medias prescindiendo del estilo indirecto que había utilizado en la obra. En una carta de 1848 al historiador inglés Grote, diría a propósito de la Monarquía de Julio:

“La nación no podía respirar más bajo esta estrecha atmósfera de aristocracia burguesa y tendera [*boutiquière*] donde el egoísmo y la corrupción igualaban la falta de luces...”<sup>30</sup>

Los borradores inéditos de la *Democracia* conservados en la Universidad de Yale son para el caso de una misma utilidad. Allí también Lamberti encuentra alusiones críticas que Tocqueville se abstiene de publicar en la versión final: “No creo en la organización definitiva del gobierno por las clases medias y si la creyera posible igualmente me opondría”<sup>31</sup>.

Pero es en los *Recuerdos* donde Tocqueville más ataca públicamente a la burguesía en ascenso<sup>32</sup>. En su visión general del espíritu público que emerge con la Monarquía de Julio, muchos de los caracteres que en la segunda *Democracia* habían sido atribuidos a la sociedad abstracta, califican a una sociedad concreta:

“Era un espíritu activo e industrioso, muchas veces deshonesto, generalmente temerario, a veces por vanidad y por egoísmo, tímido por temperamento, moderado en todo excepto en el gusto por el bienestar, y mediocre...”<sup>33</sup>

Del mismo modo, la crítica de la opinión pública adquiere en los *Recuerdos* una inscripción política más clara. Los cuestionamientos de que son objeto las clases medias cambian su contenido a medida que la crónica se acerca al período revolucionario de 1848. De haberles adjudicado un espíritu individualista y moderado en exceso, pasa a atribuirles un temperamento por demás exaltado. En las convulsionadas calles de París, en el “miserable mundo parlamentario”<sup>34</sup>,

29. J.C. Lamberti, *op. cit.*, pág. 263.

30. J.C. Lamberti, *idem.*, pág. 49.

31. J.C. Lamberti, *idem.*, pág. 50, la cita corresponde a *Inédites Yale*, CV, K, cahier 1, pág. 21.

32. Alexis de Tocqueville, *Souvenirs*, Gallimard, París, 1978. *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Edición preparada por Luis Rodríguez Zuñiga. Ed. Nacional, Madrid, 1984 (en adelante *Recuerdos*, seguido de parte y capítulo).

33. *Recuerdos*, A, 1, pág. 63.

Tocqueville describe los sucesos sobreponiéndoles su voz impotente. Al acercarse a los sucesos de febrero ve, en las clases medias que componen el gobierno y la oposición, la audacia y la torpeza que había tenido la aristocracia cuando promovió el estado deliberativo previo a la Revolución francesa. Las mismas clases medias que por su falta de grandeza conducían a Francia hacia una paz de cementerio, habían cambiado su comportamiento hacia el extremo opuesto. De todos modos, el autor encuentra un recurso para continuar negándoles el talento y el espíritu elevado con que la aristocracia de 1787 había provocado el desastre. Descubre en el desborde de las clases medias una teatralización de los acontecimientos originales. El riesgo emprendido por aquéllas no respondía a una seguridad propia, como la de los grandes barones, sino a su temperamento débil sobre el que predominaba la opinión pública.

“Y aquella era, sin embargo la clase media, cuyas apetencias todas se acariciaban desde hace dieciocho años: la corriente de la opinión pública había acabado arrastrándola, y la lanzaba contra los que la habían halagado hasta corromperla [...]. Entre nosotros cuando el gobierno así fundado se hace impopular, los miembros de la clase media por la cual se impopulariza prefieren el placer de hablar mal de él, igual que todo el mundo, a los privilegios que él les garantiza.” (Recuerdos, A, 4, pág. 94)

Como puede apreciarse, en este y otros pasajes reaparece la crítica de la opinión pública que el autor había desarrollado en la *Democracia*. La misma presión irresistible que la mayoría ejercía sobre el ánimo de los individuos aflora, en las postrimerías de la Monarquía de Julio, afectando a las clases medias cuya débil personalidad las conducía a congraciarse con la mayoría<sup>35</sup>.

Junto a la crítica de las clases medias, en los *Recuerdos* Tocqueville vuelve a promocionar la conducción aristocrática. Su visita a la Normandía resulta un momento propicio para ello. Afectado por el descalabro comunicacional que caracteriza a París –“publicidad ampliada” que lo condenaba a un rol insignificante–, se vuelve protagonista de la “publicidad representativa” que

34. *Recuerdos*, B, 3, pág. 128.

35. En Tocqueville, los nobles no sólo habían sido el contrapeso político de la monarquía; también balanceaban la opinión pública. Pero con el avance secular del Estado y de la democracia en desmedro de sus prerrogativas, lo que podríamos llamar “poderes intelectuales intermedios” fueron diluyéndose en la uniformidad junto a las figuras destacadas. En las nuevas circunstancias, para que los individuos pudieran soportar la presión de la mayoría, sus espaldas debían ser demasiado fuertes para lo que Tocqueville esperaba de ellos.

---

sólo puede ejercer en el medio local<sup>36</sup>. La competencia de voces que imperaba en el parlamento invadido ha quedado atrás y, en la provincia, siente que su discurso es efectivo contra la demagogia. El ideal de comunicación tocquevilliano encuentra allí una concreción. Próximo a ser reelecto diputado, da con un espacio de la democracia en que las funciones aristocráticas parecen resurgir. En la narración de la siguiente escena –que recuerda al sermón del monte–, asume un rol tutelar como el que sus antepasados habrían ejercido.

“En total éramos ciento setenta. Al llegar a lo alto de la colina que domina Tocqueville, nos detuvimos un momento. Me dijeron que querían que yo hablase. Me subí pues al declive de una zanja, formaron un círculo a mi alrededor y dije algunas palabras que la ocasión me dictó. Recordé a aquellas buenas gentes la gravedad y la importancia del acto que iban a realizar, les recomendé que no se dejasen acercar ni apartar por los individuos que, a nuestra llegada al pueblo, podrían tratar de engañarles, sino que caminasen sin separarse y que se mantuviesen juntos, cada uno en su sitio, hasta que se hubiese votado. [...] Gritaron que así lo harían, y así lo hicieron. Todos los votos fueron entregados al mismo tiempo, y tengo motivos para pensar que casi todos fueron para el mismo candidato.” (Recuerdos, B, 4, pág. 146)

### Consideraciones finales

La mirada de Tocqueville sobre la opinión pública de la sociedad democrática ilustra el cruce de tradiciones y expectativas que convergen en su pensamiento político. De allí deriva buena parte de la complejidad de su obra. Sería problemático presentarlo como a quien milita por el fin de las revoluciones y no como al que manifiesta nostalgia y admiración por ellas. Como a quien lamenta el efecto polifónico que en Norteamérica anulaba las personalidades y no como al estratega que promociona la multiplicación de los medios periódicos para desagregar el poder de la prensa en Francia. En la amplitud de su obra, las valoraciones rara vez conservan el carácter absoluto del primer momento. Por muy contundentes que resulten en primera instancia, se vuelven relativas al ser consideradas por el autor desde otras perspectivas. Tocqueville piensa entre disyunciones porque prevé paradojas y ambivalencias en los procesos sociales<sup>37</sup>.

---

36. Las categorías corresponden a Jürgen Habermas, *cfr.*, *Historia y crítica de la opinión pública, op. cit.*, pp. 168-169.

Con todo, existen indicios extratextuales que permiten ver la trama de sus vacilaciones. Acertadas o no, las anticipaciones de Tocqueville acerca de la masificación cultural fueron favorecidas por una sensibilidad prejuiciosa que le permitió objetivar “tendencias” incipientes. Más aún, su atención para detectarlas provenía en gran medida de su condición aristocrática; ella favorecía la intuición para captar y formular interrogantes sobre los procesos de masificación que prepararían el fin de las revoluciones. Las siguientes líneas halladas en los archivos familiares confirman la fuerza de sus sentimientos antiplebeyos, menos explícitos en el observador ideal que Tocqueville cree ser cuando se construye a sí mismo como “personaje-autor-narrador” en sus escritos públicos.

“Mi instinto, mis opiniones:

La experiencia me ha demostrado que casi todos los hombres, y, desde luego, la cosa se aplica a mí, vuelven siempre más o menos a sus instintos fundamentales, y que sólo hacen bien lo que es conforme a estos instintos. Tratemos, pues, de averiguar sinceramente dónde se encuentran mis instintos fundamentales y mis principios más serios.

Yo tengo por las instituciones democráticas una inclinación intelectual, pero soy aristócrata por instinto, es decir que menosprecio y temo a la muchedumbre. Quiero con pasión la libertad, la legalidad, el respeto de los derechos, pero no la democracia. Este es el fondo del alma.

Odio la demagogia, la acción desordenada de las masas, su intervención violenta y poco ilustrada en los asuntos, las pasiones envidiosas de las clases bajas, las tendencias irreligiosas. Este es el fondo del alma.”<sup>38</sup>

En tanto remiten a un aristócrata de la Francia posrevolucionaria y concuerdan con lo que hemos visto, estas declaraciones permiten inferir un doble destino de confrontación política. Por un lado las “clases peligrosas”, herederas del jacobinismo, cuya irrupción revolucionaria en junio de 1848 hizo que Tocqueville votara a favor de los fusilamientos masivos. Por el otro, los sectores medios que procuraban avanzar sobre los restos del poder aristocrático. Complementariamente o no, conforme a las cambiantes circunstancias, estos dos frentes estimularon su pensamiento acerca del futuro probable de la opinión pública.

37. Al respecto puede consultarse de André Ughetto, “Tocqueville, un styliste du paradoxe”, en *Analyses & réflexions sur... Tocqueville, De la Démocratie en Amérique*, Ellipses, París, 1985, pp. 108-112.

38. Citado por J.P. Mayer, en *op. cit.*, pp. 35-36.

Como instancia de comunicación hegemónica por los sectores medios, ella conduciría tanto a la declinación del discurso revolucionario como a la de los aristócratas. Allí radicaba el conflicto; Tocqueville quería evitar las revoluciones, pero también la solución que las clases medias tenían para esas revoluciones con prescindencia de la aristocracia.

Los dilemas de Tocqueville –algunos de los cuales, según Lamberti, ya habían sido expresados por su pariente Chateaubriand<sup>39</sup>– guardan correspondencia con los de su clase. En analogía con la *noblesse de robe* del siglo XVII que interpreta Lucien Goldmann, se podría pensar en una posición singular en la estructura de clases que genera pensamientos esencialmente paradójicos (como los que había producido el jansenismo de Racine y de Pascal en representación de una “estructura significativa” conformada por nobles débiles y marginados<sup>40</sup>). La duplicidad de miras que la situación social-histórica ofrece a Tocqueville resulta un lugar favorable a su compleja visión de la opinión pública. En contradicción con “el fondo del alma”, Tocqueville describe su atalaya en la carta a Henry Reeve del 22 de marzo de 1837:

“Me atribuyen, alternativamente, prejuicios aristocráticos y democráticos. Si hubiera nacido en otro período, o en otro país, habría podido tener los unos o los otros. Pero mi nacimiento, como sucedió, me facilitó guardarme de los dos. Entré al mundo al final de una gran revolución, que después de destruir las antiguas instituciones, no ha creado ninguna que pueda durar. Cuando vine a la vida, la aristocracia estaba muerta, y la democracia aún no nacía. Mi instinto, por lo tanto, no podía conducirme ciegamente ni a la una ni a la otra. [...] Equilibrado entre el pasado y el futuro, sin instintiva atracción natural por ninguno, podía sin esfuerzo mirar serenamente cada uno de los lados del problema.”<sup>41</sup>

39. J.C. Lamberti, *op. cit.*, pág. 74 y pág. 77.

40. Lucien Goldmann, *El hombre y lo absoluto*, Península, Barcelona, 1985 [*Le dieu caché*, Gallimard, París, 1955], cap. 5: “Concepciones del mundo y clases sociales”, pp. 111-131. Del mismo autor *Investigaciones dialécticas*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1962 [*Recherches dialectiques*, 1958], “El concepto de estructura significativa en historia de la cultura”, pp. 105-115.

41. Correspondencia a Henry Reeve del 22 de marzo de 1837 citada por Reinhard Bendix en *La razón fortificada, Ensayos sobre el Conocimiento Social*, FCE, México, 1975 [*Embattled Reason (Essays on Social Knowledge)*, Oxford University Press, 1970].